

nado con el objeto de este trabajo, citemos que el hecho más singular comprobado por los españoles, fue el hallazgo de hospitales indios funcionando en tierras americanas<sup>(34)</sup>. Cortés halló hospitales en Tenochtitlan, Tlaxcala, Tlascoco<sup>(35)</sup>, Cholula y las grandes ciudades del Imperio Azteca y con respecto a Perú, Poma de Ayala dice que: “En las grandes ciudades existían verdaderos hospitales que admitían a los enanos, jorobados e individuos con labios leporinos”<sup>(36)</sup>. De ello hablan también otros historiadores de la conquista como Clavigero, Torquemada y Motolinia<sup>(37)</sup>. Tenían hospitales de incurables y para los enfermos de aspecto repugnante, en una época en que Europa los destinaba principalmente a peregrinos, ancianos, desvalidos y locos.

De igual forma que algunos conventos italianos de la Edad Media instalaron sus jardines botánicos con el fin de poseer plantas curativas, en México ya existían. Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia de la Conquista de México*, hace elogios del Jardín Botánico de Tenochtitlán, por su acopio de plantas con virtudes curativas para las enfermedades y dolores<sup>(38)</sup>.

### III. POCOS Y EN TRÁNSITO

El alba renacista mandó a América sus aventureros, servidores ignorantes del expansionismo político y la imposición del credo religioso de los reyes españoles que, como en toda empresa de tipo riesgoso, reclutaron sus mismas más a base de conceder el derecho al saqueo, a la *razzia*, que por un estipendio fijo, concertado de antemano. Por eso acompañaron a Colón hombres afanosos de lucrar con las fabulosas riquezas, obtenidas en estas tierras ignoradas de allende los horizontes conocidos del Mar Océano.

Y por lo que a la Medicina se refiere, es extraordinaria la escasez, por no decir ausencia, de médicos en el primer viaje de Cojón.

Nuestros González Prendes e Ybarra<sup>(39)</sup>, dan los nombres de Maestre Juan y Maestre Alonso como médicos integrantes de las tripulaciones del primer viaje de Colón. Su denominación no luce la apropiada para un graduado en la Facultad al que ordinariamente se denominaba Bachiller, Licenciado o Doctor.

Emilio Castelar<sup>(40)</sup>, también consigna el nombre de Maestre Alonso, pero señalándolo como físico de Moguer, que embarcó en la carabela *Santa María* y ese calificativo de físico sí es propio de los médicos de la época, principalmente de las armadas de tierra y de mar. Y el famoso orador cita a un cirujano en la tripulación de *La Niña*.

Francisco Guerra<sup>(41)</sup>, registra, como Prendes e Ybarra, los primeros médicos españoles en suelo dominicano, al mismo cirujano Alonso, compañero de Colón y a otro cirujano, maestre Juan, quien quedara en el primer establecimiento fundado por Colón, en Santo Domingo, resultando muerto durante el ataque de los indígenas, después de la primera Partida del Almirante hacia España.

Henry Ford<sup>(42)</sup>, al desarrollar la tesis del financiamiento judío de la empresa colombina, fundamentada en la intervención de Luis de Santángel, judío valenciano converso, marrano, como entonces se les llamaba, y Escribano de Ración del reino de Aragón, que fue quien aportó el capital para el viaje del Almirante, y dice que encargó a su amigo, el médico Bernal, para acompañar a Colón, más como vigilante que como médico. Ford cita el nombre de un cirujano, Marco, en el rol de las carabelas. Este nombre, también lo cita F. Guerra<sup>(43)</sup>, pero en el cuarto viaje de Colón, en 1502. Asimismo al Dr. Alvarez de Chancas y al flebótomo Melchor, en el segundo viaje y acorde con él, Riquelme Solar.

Villaverde, examinando las listas de los hombres que acompañaron a Cortés en la conquista de México, copiada por Pezuela, encuentra el nombre de Juan Mestre, un cirujano, suponiendo que antes viviría en Santiago de Cuba, donde la expedición se originó<sup>(44)</sup>.

Sin embargo, no cita al Dr. Ojeda, como lo hace F. Guerra<sup>(45)</sup>, que dice fue a México con Cortés y al que se le unieron, a partir de 1519, el cirujano Diego Pedraza, el boticario Escobar y el Dr. Amézquita, miembro de la expedición enviada por Velázquez al mando de Narváez. Todos los cuales debieron haber estado en Cuba con anterioridad.

Al interesante asunto de la presencia de médicos en el primer viaje de Colón, dedica un trabajo el Dr. Riquelme Salar, donde recoge los testimonios de Fray Bartolomé de las Casas, Fernández de Oviedo y Alicia Gould, así como los asientos en los libros de "Cuenta y Razón", de la Tesorería de la Casa de Contratación de Sevilla, para resumir que con Colón llegaron a América, los citados Maestre Alonso, médico y Maestre Juan, cirujano y un posible boticario, Maestre Diego, de los cuales se sostiene que los dos primeros murieron en el asalto indio al fuerte La Natividad, junto con toda la dotación, 37 hombres, que, como dijimos ya, Colón dejó antes de su primera partida hacia la Península<sup>(46)</sup>.

La conquista de Cuba por Velázquez, a partir de 1511, no deja constancia del nombre de ningún médico, solamente de cirujanos.

Conviene aclarar aquí que España, como Francia e Inglaterra, fueron teatro de verdaderas reyertas entre médicos, cirujanos y barberos a partir del siglo xiii, pues los primeros no querían dar beligerancia a los segundos, en el arte de curar y éstos mucho menos a los barberos. Unos y otros movían sus polémicas y hasta años más tarde de iniciada la Conquista de América, en 1563, no aparece la primera reglamentación española para los ejercicios de capacitación de los cirujanos, hecha por Felipe II<sup>(47)</sup>, ratificada en 1603, por su hijo, Felipe III, en vista del fracaso de la primera y reiterada en 1619, por haber sido desobedecida nuevamente. Los cirujanos eran despreciados, se les consideraba como simples barberos, sacamuelas y sangradores, (flebótomos), y de ellos decía Guy Pantín, (1601-72), Decano de la Facultad de Medicina de París, un siglo después de Colón, que eran "una raza perversa y presumidos que gastan bigote y manejan la navaja de afeitarse"<sup>(48)</sup>, y fue

de esos auxiliares de Medicina, de quienes se rodeó Colón en sus primeros viajes.

Como aludimos, no será hasta el segundo viaje de Colón, que vendrá el primer Médico, de cuyo título nadie duda, que pisó tierras de América, el Doctor don Diego Alvarez de Chancas, pero quien nunca llegó a estar en Cuba.

Villaverde consigna que, en 1527, aparece el primer nombre de médico en Cuba, el licenciado Alcázar, quien no hizo gran fortuna, así como tampoco el cirujano Maese Pedro, de quien se tienen noticias en 1532, Para F. Guerra, también Alcázar era sólo cirujano.

En 1552, ejercía, en la fortaleza de La Habana, otro cirujano, llamado Gómez, al que Villaverde llama “barbero y cirujano”, como figura en el acta de la sesión del Cabildo, del 26 de agosto de 1552, asignándosele la plaza de cirujano-barbero con ejercicio personal exclusivo, por ser *maestro examinado*<sup>(49)</sup>.

Este último autor, anota que el primer médico graduado que ejerció en La Habana fue el Dr. Gamarra, en 1569; lo que Lage repite por boca de De Arce, agregando “graduado en Alcalá de Henares en todas las tres ciencias” (Medicina, Cirugía, y Farmacia), (Cabildo de 26 de febrero de 1569) <sup>(50)</sup> <sup>(51)</sup>.

G. Lage dice que “Puede asegurarse que en todo el siglo xvi La Habana careció de médico y boticario estables; había cirujanos adscritos a la guarnición de la ciudad y sólo en los comienzos del siguiente se establecieron y ejercieron aquí algunos médicos” <sup>(52)</sup>.

No olvidemos, una vez más, la pobre condición de La Habana de entonces, con una población civil escasa si se compara con las fuerzas militares de tierra, destacadas posteriormente en los castillos del Morro, la Punta y la Fuerza Vieja, a cuyas dotaciones se les asignaban sendos cirujanos y una población flotante, en su mayoría integrada por las dotaciones de la Flota, que traían sus médicos y cirujanos propios, principalmente a partir del final del Siglo xvi y *no para galeras sino para las flotas de Indias*, como Santovenia copia de Marañón<sup>(53)</sup>, refiriéndose a los médicos contratados<sup>(54)</sup>.

Algunos de estos médicos ejercieron en La Habana, durante el tiempo de estadía de las naves en este presidio o por haber perdido, voluntaria o involuntariamente, su barco, como el Doctor Mendoca, que *vino del Pirú y curó al Maestre de Campo Juan de Texeda*<sup>(55)</sup>

De todas formas, los médicos, que venían a América siguiendo la ruta del oro, no demoraban en La Habana, ciudad de gentes y mercaderes pobres, continuando su periplo a México y Perú.

Pura retenerle, interesarle en el ejercicio médico en Cuba, el Cabildo secular acordó darle sueldo al Licenciado Gamarra.

De Arce reproduce de Lage, que, en 1578, llegaron a La Habana **Francisco Peláez** y **un médico** de la Flota, desde la Florida<sup>(56)</sup>.

Villaverde, habla del licenciado Ancona, allá por el año 1593, que anduvo en pleito con un tal Roda<sup>(57)</sup>.

Y estas son las noticias que se tienen de los médicos de Cuba al siglo del descubrimiento español.

El brillante profesor de Historia de la Medicina de la Universidad de la Habana, Dr. J. López Sánchez, ha hecho un estudio muy minucioso y documentado sobre la vida del primer médico cubano que se graduó de tal, el Dr. Diego Vázquez de Hinostroza, a quien J. M. Martínez Fortún unía los nombres de Bartolomé de Cárdenas, y de Antonio Riaño Gamboa, considerados, por el desaparecido historiador médico remediano, como también nativos, lo que aclara L. Sánchez no ser cierto para el primero de ellos, nacido en Baeza, Jaén, España y sí para el segundo, que era habanero<sup>(56)</sup>.

En este estudio se señala que, a mediados del siglo XVII, ejercía en La Habana, Juan de Tejada y Pina, al que el Cabildo fijó un salario de cien ducados y cuyo rastro biográfico se pierde por su ausencia o muerte, pues, en 1613, el Cabildo contrata al Dr. Bartolomé de Cárdenas.

López Sánchez aclara también que Francisco Díaz Guerra, tenido como médico, no lo era, sino que era farmacéutico, en contra de lo aseverado por De Arce<sup>(59)</sup> y <sup>(59-B)</sup>.

En 1624 se establece el Dr. Diego Méndez Sosa y marcha en 1628, pero, ya entonces estaba ejerciendo en La Habana, el Ledo. Francisco Muñoz de Rojas, primer Protomédico de Cuba, al que sustituye el audaz Dr. Francisco Teneza y Rubira, y un hecho cómico y muy demostrativo del ejercicio médico de aquel entonces, fue la concesión del título de Protomédico a un doctor, pero doctor en Derecho Civil.<sup>(60)</sup>

Esta escasez de médicos tuvo sus consecuencias. La primera fue darles entrada al ejercicio de la medicina a tres categorías de individuos: una, los frailes, otra, los curanderos, y la última, los médicos indios.

La tradición médica de los frailes no era nueva, pues durante la Edad Media los conocimientos médicos y hasta los no médicos, fueron a parar a los conventos y en los mismos se iniciaron los frailes conocedores de las virtudes de muchas plantas, los que, durante sus viajes, ejercieron como médicos, hasta que se les prohibió hacerlo; asimismo, en las flotas, atendían los enfermos y heridos y en el siglo xvi, nacían órdenes hospitalarias, como los hermanos de San Juan de Dios, los Obregones y los Betlemitas, las que cuidaban enfermos y a un mismo tiempo, los asistían. Villaverde<sup>(61)</sup>, llega a llamar a Fray Bartolomé de las Casas, por su caridad y dedicación a dichos menesteres, el primer médico español que vino a Cuba.

Esta actividad frailuna del ejercicio de asistencia médica, se extralimitó, pues algunos frailes llegaron a cobrar honorarios por su trabajo de curar y eso fue motivo de grave escándalo, que se intentó atajar en Concilios a dicho fin convocados, para separar definitivamente el ejercicio de la Medicina de los conventos y del propio de las órdenes religiosas. Rico-Avello, de Madrid,<sup>(62)</sup> recuerda que San Bernardo llamó *Lacrimabile Scandalum* al ejercicio médico por los monjes y que, en las *Partidas*, del rey Alfonso X, *el Sabio*, se prohíben a los religiosos las

visitas a enfermos si antes no se someten a pruebas y exámenes, imitando a Carlomagno que fue el primero en luchar contra el sistema médico-sacerdotal.

Sin embargo, los clérigos españoles, principalmente en América recién conquistada, hicieron oídos sordos a la legislación que les afectaba directamente, al segregarlos un medio de captación de adeptos que todavía hoy emplean en algunas zonas de este continente.

En Cuba, los curanderos pululaban a sus anchas y los hubo famosos, como una curandera que ejerció en Santiago de Cuba, allá por el año 1609, que se la llegó a nombrar médica del común, con sueldo de cien ducados. Llamábase Mariana de Nava y según cuenta el Obispo Morell de Santa Cruz, se la admitió “por la inopia total de médicos y cirujanos”.<sup>(63)</sup>

Como curandero, actuó en la Florida, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y a su ciencia, curando indios, debió el salvar su vida y la de cuatro compañeros de su desdichada expedición.<sup>(64)</sup>

Igual fenómeno ocurrió con los primeros ingleses en territorio americano. Los colonos se improvisaron en médicos y los médicos devinieron en colonos y políticos.<sup>(65)</sup>

Por su carácter paradigmático, no podemos resistirnos a copiar de Zúñiga una cita de Oviedo Baños, repetida por Rodríguez Rivero y R. Alvarez,<sup>(66)</sup> de Venezuela, esta descripción realística de la improvisación médica en los soldados españoles, en América: “En efecto, de la noche a la mañana improvisábanse de médicos los más torpes y desalmados advenedizos. iniciándose la pintoresca y trashumante cáfila de los siglos xvi y xvii, con el nombre del necesitado Francisco Martín, soldado español venido con el capitán Iñigo de Bascona, y quien, “primero por hambre y luego por amor”, allá en la primitiva y legendaria Pequeña Venecia, sobre el espejo luminoso de Coquivacoa, en inverosímiles viviendas sostenidas por estacas —“que pasan barcos por debajo”,— según expresión de Gomara, hacía de *piache* consumado y experto, dándose a curar a sus crédulos clientes “con humos, soplos y bramidos”. Y seguía los pasos el impenitente e imperdonable madrileño Diego Montes, también soldado (1554), quien poniendo todo esmero en asistir a su jefe Felipe de Utre, de una grave herida recibida en la región del tórax, no trajo a las mientes consideración alguna de humanidad para llevar a cabo la terrible y cruel experiencia de repetir la mencionada herida en el cuerpo de un mísero indio anciano, a quien ultima y autopsia seguidamente con el fin de observar si el arma le había lastimado “las telas del corazón”. Libre entonces de dudas procede al tratamiento de su superior “rompiéndole más con un cuchillo para que quedase manifiesta la herida”, haciéndole “lavatorios con agua de arrayán y otros compuestos” y “meciéndole de una parte para otra para que expeliese la sangre que se había cuajado dentro” [ . . . . ] “Escapado con vida el capitán de Utre de su mortal accidente y de la brutalidad de la cura, el improvisado y audaz cirujano adquirió con tal hazaña fama resonante de oráculo y se le llegó a distinguir con el sobrenombre muy honorífico de “El Venerable”.”

Qué diferencia había entre un curandero y un cirujano, que fue el profesional más asiduo de estas playas? Reproduzco de Marañón los párrafos siguientes que son definidores: “En las galeras solía haber solamente barberos y cirujanos de heridos, que eran profesionales de ínfima categoría, gente sin estudios, dotados de alguna habilidad empírica para bizmar, emplastar y hacer cirugía menor”, que podían ejercer “sin más que adquirir el título mediante el pago de cuatro escudos de oro”.<sup>(67)</sup> Dicho esto, con las palabras más que autorizadas del sabio médico e historiador español, se comprende que entre un curandero y un cirujano la diferencia era bien poca.

Pero no es menos duro el juicio de Gregorio Marañón sobre los propios médicos de aquel tiempo, cuando dice: “Menos útiles eran, sin duda alguna, los internistas que socorrían a los enfermos. Nos basta para juzgarlo el leer la lista de las medicinas que, según los documentos, llevaban en su botiquín las naos y galeones y, a veces, las galeras. Recordemos sólo lo que más de un siglo después, (después de la batalla de Lepanto y la campaña de Túnez por don Juan de Austria), aconsejaba un práctico tan excelente como el Dr. González, para equipar la farmacia de un navio. Se compone el botiquín de aguas aromáticas, licores, ácidos, jarabes, electuarios, extractos, píldoras, espíritus, sales, bálsamos naturales, tinturas, polvos, escaróticos, aceites, ungüentos y simples. Podemos asegurar que ninguno de ellos servía para nada.”<sup>(68)</sup>

Pasado un siglo después de llegar Colón y sus pocos médicos a Cuba, en 1618, recuerda Cornide,<sup>(69)</sup> los *remedios* que figuran en la primera Farmacopea de Londrés: “ofrece cerca de dos mil remedios en sus páginas. Píldoras de carne de víbora, pulmones secos de zorro para la respiración jadeante, grasa de oso para hacer crecer el cabello, aceite de serpiente para desentumecer los músculos, musgo raspado del cráneo de un convicto ajusticiado con cadenas, ojos de cangrejo, casco y estiércol de animales, sudor humano, saliva, telas de araña, aceites de perros recién nacidos hervidos con lombrices de tierra”.

Recién conocida América, un siglo antes de este asqueroso e inocuo, ineficaz arsenal terapéutico, en tiempo del padre de don Juan de Austria, el Emperador Carlos, la cantera terapéutica proveía la *triacá* de Galeno, la *triacá* de Nicandro, el *philantropos* y el *arconticón*, la *tisana* hipocrática o agua de cebada hervida y los polifármacos árabes de 10, 20 y más componentes; las confecciones de jacinto, coral y perlas; la carne, el polvo y la esencia de víboras; polvo de sapo, aceite de alacranes, excrementos y orina de diferentes animales, y ¿para qué seguir esta lista nauseabunda e inútil?

Esa era realmente la terapéutica del siglo XV y recordemos que hasta adelantado el siglo siguiente, no triunfará Paracelso, que inicia un movimiento científico similar, en Medicina, al que su coetáneo Lutero hizo en religión y que hasta 1624, no nacerá uno de los más grandes genios e arte y ciencia de curar, Tomás Sydenham, cuya obra es una

reacción contra la Medicina especulativa, galénica, de los humores, las sangrías, las lavativas y los purgantes.

Presentes estos hechos, consideramos justificado que los curanderos fueran utilizados como médicos en Cuba, pues éstos no sabían mucho más que aquéllos.

La tercera y última consecuencia de la escasez en número y eficacia de los primeros médicos europeos enviados para ejercer en América, fue el crédito cada vez mayor que adquirirían los médicos de los aborígenes, principalmente el que se fundamentaba en el empleo de hierbas medicinales. La confianza en los médicos indígenas fue precoz y cuantiosa; el Padre Motolinia, en su *Historia de los Indios de Nueva España*, dice: “tienen sus médicos naturales, experimentados, que saben aplicar muchas hierbas y medicinas que para ellos basta y algunos de sus médicos son de tanta experiencia que muchas enfermedades viejas y graves que han padecido los españoles sin hallar remedio, ellos las han curado”.<sup>(70)</sup>

A este respecto también, añade el profesor Horacio Figueroa,<sup>(71)</sup> algunas consideraciones interesantes, suyas o de don Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, autor de la famosa *Recordación Florida*: “Es curioso el hecho de que el uso de algunas plantas medicinales vengan (*sic*) envueltas en leyendas que indican que el hombre ha aprendido de los animales el uso de las mismas, siendo por consiguiente la medicina empírica producto de la observación de la medicina animal, como la medicina científica es producto de la medicina empírica.”

A título de curiosidad anotamos las leyendas del *Chulbalán*, de la *Estrella* y de la *Conjura*, narradas por el autor de la *Recordación Florida*.

“*Chulbalán*, según el autor, significa *Orina de Tigre*, en lengua Achí. Este animal enseñó a los indios de Guatemala a usar la planta en los casos de suspensión de la orina, tal como lo hacía él’.

“La raíz llamada “de la *estrella* fue conocida porque un indio de Costa Rica, donde morían muchos hombres mordidos de culebras, vio que dos de éstas peleaban furiosamente, mordiéndose una a otra, luego se llegaban a la cerca del cacahuatal y se estregaban” y refregaban a una hierba y la tomaban en la boca [ . . . . ] Marcó el indio la hierba y cogiendo de ella, la dio a beber al primero que hubo mordido de víbora, que quedó libre y con mucha brevedad sano: de cuya experiencia se ha extendido, por antídoto común a todo este Reino.”

Más interesante, el descubrimiento de las virtudes curativas de la *Canjura* para el “jiote”, obra de un intento de asesinato de un cacique, cuya esposa, una richembra celebrada por los conquistadores, quería desaparecerle por padecer de aquel mal tan repugnante y para dicho fin empleó la canjura, tenida por activísimo veneno para los lobos conocidos con el nombre de coyotes y el cacique no sólo no murió, sino que sanó de su mal y recuperó el amor de la esposa que estuvo a punto de eliminarle del mundo de los vivos.

Figueroa reproduce de “*Los Médicos y Farmacéuticos de Hernán*

*Cortés*”, de Gutiérrez Colnier, la exaltación de la confianza que los curanderos indígenas inspiraron a los conquistadores, hasta el extremo que el propio Hernán Cortés pidió al Rey que no mandara médicos, diciéndole que eran suficientes los curanderos; cosa que el rey no atendió, puesto que, en 1524, mandó a México al Dr. Olivares, primer doctor, con licencia expedida en Burgos, que llegó a Nueva España, aunque parece ser que ya ejercía en ese país Cristóbal de Ojeda, al que hemos aludido anteriormente y quien atendió a Marcos de Aguilar en su supuesto envenenamiento, a deducir de carta de Diego de Ocaña a Carlos V, fechada el 17 de septiembre de 1526.

Recordemos de paso que la *Recordación Florida* de que hablamos y su propio autor Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, no tuvieron una vida muy sosegada, pues Fray Francisco Ximénez, que también escribió una “*Historia Natural de las Indias*”, aunque sacerdote, no exento del roedor de la envidia, considera aquella obra del escritor guatemalteco como una “ensalada de todas hierbas” más que verdadera historia y espera, como no podía menos de ocurrir en aquella época para cuanto molestase a un religioso, que el Santo Oficio mande a recoger los manuscritos “por las imposturas y calumnias” de la que hoy vemos que no es sino una inocente obra de botánica y un excelente catálogo de 85 plantas, con virtudes medicinales, que los indios de México y Guatemala empleaban para hacer sus curas, con detalles de sus nombres vulgares, los indígenas y los científicos, su clasificación botánica e ilustrado con excelentes dibujos originales de las hojas y los frutos de cada planta, etc. e indicación de su uso terapéutico.

Estas luchas entre autores criollos y peninsulares, no tienen nada de extraordinarias por su propia frecuencia y si es lo otro, la amenaza de la Inquisición y hasta su empleo para obtener información de los indígenas, espantados ante el solo nombre del tormento inquisitorial, era cosa natural de aquellos años y en este trabajo que estudiamos se ve.

En resumen, la herboristería europea se enriqueció con el aporte de la americana y con este trasiego cultural hay nombres españoles que se immortalizan. Todavía campeon hoy los de Nicolás Monardes, Fray Bernardino de Sahagún, Francisco Jiménez y algunos más, frente a sólo tres nombres americanos: Martín de la Cruz y Juan Badiano, aztecas, autores del “*Codex Borberini, Latin 241*”, que se conserva en la Biblioteca del Vaticano y este ilustre guatemalteco al que nos hemos estado refiriendo, Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán.

Como era natural que ocurriese, estas y otras muchas similares y autorizadas opiniones llegaron rápidamente a España, dando lugar al movimiento de ansiedad que sintieron los médicos y monarcas peninsulares por aprovechar los conocimientos terapéuticos de los primitivos americanos.

— La divulgación de los conocimientos de herboristería se hizo, al decir de V. Kreuger,<sup>(72)</sup> por el mencionado médico sevillano Nicolás Monardes, (1493-1588), que se dedicó a coleccionar y describir las plantas

curativas de las colonias americanas y que, en 1554, fundó un museo de cuanto se producía en el Nuevo Mundo, publicando en Sevilla, durante el año 1574, su *Historia Medicinal que trata de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales*, aunque él nunca llegó a salir de Sevilla, y por Francisco Hernández, (1514-1587), médico de Cámara del rey Felipe II, que fue a México por especial designación de su rey y estudió la botánica médica de los indios, que experimentó en los hospitales de los españoles, escribiendo cartas al rey, (republicadas en 1924, por Lejone), donde le contaba las dificultades encontradas; vuelto a España, dedicó nueve años a escribir sus manuscritos y dibujos, que ocuparon 26 volúmenes de a folio, los que publicó abreviados Nardo Antonio Ricchi, desde 1612, en Roma, durando su impresión 40 años, con lo que se salvó la obra de Hernández, cuyo original se quemó en el incendio de la biblioteca de El Escorial, (1615). Y también el citado dominico Francisco Ximénez, publicó<sup>1</sup> en 1615, otra versión de la obra de Hernández en lenguaje popular. <sup>(73)</sup>

Por otro lado, fue tal la conmoción que produjeron estas publicaciones españolas de los conocimientos de herboristería médica americana, en la Europa del Renacimiento, que los franceses también procuraron adquirirlos y publicarlos y durante el siglo xvi, el hermano André Thevet, reúne sus experiencias con los tupi-guaraníes en su obra *Singularitez de la Franee Antaretique*. Dicho religioso acompañó a Villegaignon, en 1555. Otro publicista de estos temas fue el estudiante calvinista de teología Jean de Léry, que vino a América con Bois-le-Comte. Y en portugués, a fines del siglo xvi, publicó Gabriel Soares de Suoza, su *Tratado Descriptivo do Brasil*, en 1587; durante ese mismo tiempo, publica Fernando Cardim su *Narrativa* y a ellos siguieron las publicaciones de Pedro de Magalhaes Gandavó, el padre Anchieta y otros, los que completaron la versión europea de los conocimientos de botánica médica en el *habitat* de los tupi-guaraníes de Suramérica. <sup>(74)</sup>

En español, también hay que anotar otra contribución a estos temas, hecha por Francisco López de Gomara, aunque su *Historia*, para algunos autores, como Naumann, se tenga por fantástica.

Debemos situarnos en tiempo y lugar y declarar que la Medicina de la Europa viajera a América era una avalancha de hechos ciertos mezclados con supersticiones, brujerías, supercherías e imposturas, con todo un ceremonial omnisapiente, un lenguaje escolástico ininteligible, sobre una base presuntuosa y egoísta que mermaba veneración a la mano que, con el medio que fuere, sanaba a los enfermos, porque esa mano se escondía cargada en la faltriquera de la toga, olvidando todo gesto generoso y cordial, ignorando lo que dijo Corneille, que *la forma de dar vale más que lo que se dé*.

Frente a este egoísmo de los togados, la espontánea entrega de los médicos naturales, dando lo que tenían a quienes les quisieran oír, resultó vencedora.